LABOR

QUINCENARIO DE INFORMACION E IDEAS

PUBLICADO POR LA SOCIEDAD EDITORA "AMAUTA"

AÑO I — 24 de Noviembre de 1928. — No. 2

UN CAPITULO DE "EL AGUILA Y LA SERPIENTE", por Martín Luis Guzmán.

PRENSA DE DOCTRINA Y PRENSA DE INFORMACION, por José Carlos Mariátegui.

LA LUCHA REVOLUCIONARIA EN LA CHINA, por Su.

EL IMPERIALISMO. UN FENOMENO ECONOMICO, por Fritz Bach.

CUADRO DE LA PINTURA MEXICANA, por Martí Casanovas.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS SINDICATOS DE OFICIOS

VIDA SINDICAL. — GUIA DEL LECTOR.

POR LA ORGANIZACION SINDICAL DE LOS TRABAJADORES AGRICOLAS.

8 PAGINAS — 10 CENTAVOS — APARECE EL 2o. y 4o SABADO DEL MES. — CASILLA DE CORREO 2107. — Lima. — Perú.

Un capítulo de "El Aguila y la Serpiente"

El libro de Martín Luis Guzmán, uno de los grandes sucesos editoriales últimos, es una interesante y sugestiva versión de las mayores jornadas de la Revolución Mexicana. Documento de la literatura y la historia hispano-americanas al mismo tiempo, nos complace recomendarlo, con la reproducción de uno de sus capítulos, a la atención de los lectores de "LABOR".

CAMINO DE MEXICO

I

Villismo y Carrancismo

Largos meses de entancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento—gradual y voluntario—de la facción que iba formándose en torno de Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta—rebelde dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima—representaba un sentido de la revolución con el cual me sentía más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Angeles, Escudero, Díaz Lombardo, Vasconcelos, Puente, Malváez y todos aquellos, en fin, que aspiraban a conservar a la revolución su carácter democrático e impersonal—anticaudillesco—para que a la vuelta de dos o tres años no viniera a convertirse en simple instrumento de otra oligarquía, ésta acaso más ignorante e infecunda que la porfirista. Ciertamente, yo no veía cómo daríamos cima a tamaño empeño; aquello me parecía, más bien, dificilísimo, improbable—tan improbable para obra de un pequeño grupo, así estuviese resuelto a luchar hasta lo último contra todos los personalismos ambiciosos y corruptores, cuanto fácil hubiera sido como empresa instintiva de una unanimidad revolucionaria bien orientada. Pero también era verdad que ya había yo sentido en Sonora, con evidencia perfecta, que la revolución iba, bajo la jefatura de Carranza, al caudillaje más sin rienda ni freno. Y esto me bastaba para buscar la salvación por cualquiera otra parte.

El simple hecho de que todo el grupo enemigo de Carranza se acogiera al arrimo militar de Villa podía interpretarse ya, si no como el anuncio de nuestra derrota futura, sí como la expresión del conflicto interno que amenazaba al impulso revolucionario en sus más nobles aspiraciones. Porque Villa era inconcebible como bandera de un movimiento purificador o regenerador, y aun como fuerza bruta se acumulaban en él tales defectos, que su contacto suponía mayores dificultades y riesgos que el del más inflamable de los explosivos. Mas siendo eso cierto, también lo era que sólo los elementos militares dominados por él quedaban disponibles para venir en auxilio de nuestras ideas. El otro gran ganador de batallas, Obregón (Angeles, sin tropas propiamente suyas, sumaba su destino al de Villa), se desviaba por la senda del nuevo caudillismo. De modo que, para nosotros, el futuro del movimiento constitucionalista se compendiaza en esta interrogación única: ¿sería domeñable Villa, Villa que era inconsciente hasta para ambicionar? ¿Subordinaría su fuerza arrolladora a la salvación de principios para él inexistentes o incomprensibles?

Tal era el dilema: o Villa se sometía, aunque sin comprenderla a la idea última de la revolución, y entonces él y la verdadera revolución vencen. o Villa no sigue sino sus instintos ciegos, y entonces él y la revolución fracasan. Y en torno de ese dilema iba a girar el torbellino revolucionario en la hora del triunfo.

"LA LIBERACION DEL PEON", por Diego Rivera. (Fresco de la Secretaría de Educación Pública de México.)

II

Noche de Coatzacoalcos

Próxima la caída de Victoriano Huerta, Villa nos comisionó al coronel Carlos Domínguez y a mí para que estuviésemos en la ciudad de Méjico durante la entrada de las tropas constitucionalistas y para que después lo representáramos cerca del Primer Jefe. La ruptura de relaciones entre éste y Villa daba tintes demasiado azarosos a aquella comisión. Eso no obstante, Domínguez y yo la aceptamos—como antes habíamos aceptado cosas más difíciles o peligrosas—y salimos de El Paso (Texas) hacia la capital de la República, por la ruta de Cayo Hueso y La Habana.

* * *

Diez días después de nuestra llegada a Cuba nos embarcamos en el **María Cristina** para Veracruz. Tenía aquel viaje varios puntos obscuros, y uno era el peligro de que nos aprehendiesen al hacer escala el buque en Puerto-Méjico, ocupado aún por tropas huertistas. Pero como esperar más tampoco nos pareció prudente, resolvimos proseguir la marcha, temerosos de no llegar a la capital a tiempo para cumplir las instrucciones del general Villa.

¡Con cuánto dolor no nos arrancamos de en medio de nuestra existencia habanera, tan inesperada, tan grata, tan muelle después de las agitaciones políticas de los meses anteriores! Menocal, el hermano del Presidente de Cuba, y Arturo Grande, el arquitecto amigo de Domínguez, habían conseguido hacer de nuestro paso por su bello país una ilimitada perspectiva de horas amables. Ya estaba yo en el barco, y todavía sentía sobre mí la caricia de la generosa hospitalidad; ya navegábamos en mar abierta, y aún palpaba en mi entorno la atmósfera de los días perfectos: casas azules, casas aperladas, casas claras del Vedado; zaguanes umbríos, con piso de mosaico y zócalo de azulejos, en cuyo otro extremo se iniciaban, luminosos, patios medio andaluces, de mecedoras blancas y tiestos cargados de flores; mañanas magníficas del "Yacht Club", entre hermosas bañistas—las más bonitas mujeres que nacen en América—y bajo un sol de vida y de lumbre; paseos vespertinos en el Malecón, con los ojos fijos en el añil del mar, mar intenso cual ninguno; y así todo lo otro, todo en el mismo grado de calidad suprema y sápida—hasta lo vulgar, como los langostinos de la acera del Hotel Telégrafo y los helados de frutas del Prado, y hasta lo humilde, como las aguas de coco o de guanábana, tomadas a la sombra de puestos callejeros.

* * *

Pese a nuestros temores, en Puerto-Méjico no nos ocurrió ningún percance grave. Y esto, a pesar de que la vista de la tierra mejicana nos agitó de tal modo el alma, que no supimos resistir a la tentación de bajar al suelo patrio la noche que el buque pasó atracado al muelle.

Dibujo de Diego Rivera, para el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria de México.

Para consumar esta pequeña hazaña de furor patriótico—o de nostalgia súbita y retrospectiva—Domínguez discurrió que nos disfrazáramos convenientemente. ¿Cómo? De marinos españoles. La cosa no fué difícil gracias a la ayuda gentil de dos oficiales con quienes habíamos intimado a bordo y que nos prestaron, con arrojo, parte de su ropa. ¿De qué jerarquía naval me investí yo al meterme dentro de un hermoso uniforme de anclas y dorados? No lo recuerdo. Pero el hecho es que en esa ocasión entré al territorio mejicano metamorfoseado de una guisa que a mí me parecía fantástica.

Ya era tarde cuando caminamos con andares marinos toda la longitud del muelle y fuimos adentrándonos por el pueblo. Las calles estaban negras, solas, tristes. La moribunda animación inmediata al puerto se extinguía a los pocos pasos, tras de parpadear, como llama que se apaga, en corros más y más raros de gentes que conversaban, sentadas en familia, a la puerta de sus casas . . .

Por fin, en una plazoleta, vimos unos tinglados que lograban retener, bajo el resplandor de sus luces melancólicas, algunos pequeños grupos de hombres y mujeres. Allá nos acercamos. Se trataba, al parecer, de una feria. Había un puesto de lotería, admirablemente decorado—de manera espontánea—con filas de jarros, de vasos, de platos y de juguetes de loza y vidrio. Había dos o tres ruletas rudimentarias; tres mesas de naipes y dados; un puesto donde se tiraban argollas sobre unas tablas sembradas de monedas, y un mal figón ambulante.

Domínguez y yo nos detuvimos frente al puesto de las argollas con auténtica curiosidad de forasteros. Diez o quince individuos de aspecto estrafalario despilfarraban allí su dinero jaleados por el dueño del puesto y su mujer. Esta, sobre todo, parecía tener un enorme poder persuasivo para convertir en actores a los espectadores simples, pues era la que más monedas de cobre extraía de todos los bolsillos. Descollaba entre los que jugaban un hombre joven, de camisa amarilla, sin saco, sin cuello, sin corbata, de pantalón blanco, polainas negras, pistola en la cadera y cinto repleto de cartuchos. Estaba jugando con verdadero encarnizamiento, con furia, pero tan torpemente, que todas las argollas, apenas salidas de su mano, brincaban sobre la tela roja de las monedas con mayor brío que si fueran de goma.

El juego aquel, aunque difícil en extremo, parecía facilísimo a primera vista. De modo que Domínguez y yo, a los tres minutos de mirar, ya teníamos argollas en la mano y nos ensayábamos a nuestra costa. Domínguez, resuelto a ganarse algo, tiraba con gran cuidado: trataba de descubrir una técnica, esbozaba métodos, los cambiaba. Yo, que tenía por algo menos que imposible el prodigio de circunscribir cualquiera de las monedas en una argolla, tiraba por tirar. Y así fué como uno de mis tiros se quedó, por casualidad, sobre un décimo de plata. Sorprendidos los feriantes de habilidad tamaña, el juego se interrumpió unos segundos. La mujer del puesto se acercó a mí y me entregó, sonriendo, el dinero que había ganado; y mientras tanto, el hombre de la camisa amarilla y la pistola estuvo mirándome, miró a Domínguez y se volvió después a decir algo en voz baja al compañero que tenía cerca.

Minutos más tarde, jugando con la misma indiferencia volví a acertar. Pero ahora la casualidad llevó la argo-